

Reseñas

Municiones para disidentes. Realidad-verdad-política.

TOMÁS IBÁNEZ.

Barcelona: Gedisa 2001

Las luchas sociales han sido siempre, también, luchas ideológicas; hoy son, además, luchas teóricas, luchas en el terreno de la producción de teoría. Esta es, yo creo, la convicción que fundamenta el libro de Tomás Ibáñez. La práctica teórica no es, para el autor, una actividad sofisticada del mundo académico, es una de las herramientas (municiones considera el autor) de la confrontación política a nivel global. Las concepciones hegemónicas acerca de las principales tramas de relación que organizan nuestras vidas (políticas, económicas, laborales, amorosas...) son, cada vez más, fruto de un trabajo sistemático y bien financiado de personas y grupos vinculados a importantes instituciones académicas y científicas. Tal como decía Bourdieu¹, estos *think tanks*, han desarrollado una *doxa paradójica*, que siendo conservadora se hace pasar por progresista, que presenta las regresiones y los retrocesos como reformas o revoluciones. Una de las paradojas de la actual situación de confrontación ideológica es que la posición hegemónica y conservadora se presenta como abanderada del proceso y la modernidad, avalada generalmente por un abrumador apoyo de personajes científico-mediáticos, que sitúan a la fragmentada disidencia en el triste papel de retardataria, anticientífica e ignorante.

El libro de Tomás Ibáñez se sitúa explícitamente en el territorio de la confrontación teórica, a la que considera como un acto de disidencia política. Ese es, creo, el sentido de un título que parece, en un primer momento, sorprendente o exagerado: *Municiones para disidentes*. Su posición es atrevida y, en el mejor de los sentidos, provocativa. Se plantea una pregunta muy ambiciosa, «una pregunta acerca de cuál es la naturaleza y cuáles son los efectos del cambio de sociedad, y más globalmente, del cambio de civilización, que se está pro-

duciendo, paulatinamente, desde hace unas décadas, y que aún permanecerá en fase de transición durante algunas décadas más». Un aspecto fundamental del cambio social, según el autor, se refiere a nuestra manera de entender el mundo. El libro pretende no sólo describir las nuevas ideologías sino intentar comprender su lógica. Esa lógica tiene que ver con la conformación de las ideas de objetividad y realidad y con la noción de verdad.

En una posición más cercana a Foucault que a Bourdieu, Tomás Ibáñez considera que no hay preguntas inocentes a una realidad que sea la única responsable de la respuesta. Los hechos —frente a lo que se nos quiere hacer creer desde la retórica de la verdad dominante— no hablan por sí solos. Según el autor hay una enorme mentira de la Verdad, la mentira de ocultar el carácter político y «la violencia que toda pregunta ejerce sobre la respuesta que suscita».

El libro que publica Gedisa es una recopilación de textos anteriormente dispersos del autor. La obra está estructurada en varias secciones, cuyos títulos son bastante expresivos: «La realidad cuestionada», «¿Absolutismo o relativismo?», «Caminando hacia la postmodernidad», «La dimensión política», «Entre la ideología y la acción» y «Postmodernidad, construccionismo y Psicología Social», junto con una Introducción y Epílogo en los que construye el sentido del conjunto. Son textos sobre psicología, sobre psicología social, sobre construccionismo, y también se acerca a la física cuántica.

En esta obra Tomás Ibáñez mantiene, entre otras muchas cuestiones, el carácter emancipador y libertario del relativismo. El punto de vista alternativo al relativista considera que es el punto de vista «absolutista», caracterizado por el régimen de la Verdad. A diferencia de una posición fuertemente platónica, según la cual se considera que nuestra relación con el

¹ Bourdieu (1999). Por un saber comprometido. En Bourdieu (2001) *Contrafuegos 2* Madrid: Anagrama.

mundo el primariamente una relación de conocimiento, considera que «Nuestra relación al mundo es una relación de conocimiento, marcada por el “deseo de verdad”, claro, pero es también, y quizás entre todo, una relación de acción, de vivencias, de sensaciones, de experiencias más o menos inefables, y de sentimientos». La búsqueda de la felicidad, que los antiplatónicos reivindicaron siempre ante el absolutismo del régimen de la Verdad, es un problema ético, y por ello, «La justificación del relativismo apela a una axiología, no a una epistemología».

Frente a quienes acusaron siempre a los relativistas de inmorales, el autor defiende que lo inmoral es ocultar el inevitable compromiso político y ético que toda relación con el mundo tiene. Ese compromiso puede requerir que, en última instancia, haya que recurrir a la fuerza para dirimir las diferencias. La diferencia entre absolutistas y relativistas es que los relativistas, para el autor, hacen explícita esta situación, al considerarla un problema en última instancia político, mientras que «el punto de vista absolutista enmascara el uso de la fuerza e introduce, mediante esta ocultación, una violencia añadida, un plus de violencia». En la obra de Tomás Ibáñez queda claro el peligro que suponen todos los intentos de remitirse a una fundamentación trascendental, en el sentido esencialista de que hay una justificación última, que está constituida por una realidad que nos trasciende y que es independiente de nuestras propias prácticas (materiales/ productivas/ operativas, simbólicas, políticas...). Esta obra supone un análisis de las múltiples caras de ese fundacionalismo trascendental que, según el autor, sutilmente se nos transforma en fundamentalismo. El autor no niega el valor pragmático de los conceptos de verdad y realidad. Son conceptos que «se han forjado en prácticas milenarias de relación con los demás y de relación al mundo», «la realidad y la verdad son creencias indispensables para la vida cotidiana, pero no requieren un estatus trascendente, objetivo y absoluto. Les basta con un estatus de “ir por casa”, es decir simplemente humano».

El relativismo que defiende va más allá del perspectivismo (la realidad se ve de distintas maneras según la perspectiva desde la que se mire) o el relativismo cultural (existe, de facto, una pluralidad de visiones del mundo), es un relativismo radical, no sólo epistemológico sino ontológico, que cuestiona el propio concepto ontológico de realidad. Es un relativismo «que niega el concepto mismo de una realidad independiente de nuestras características y de nuestras convenciones».

En la deconstrucción del concepto de objeto, como fundamento de la idea de objetividad y realidad independiente, recurre, en algunos momen-

tos de la obra, a la búsqueda de los componentes últimos de la materia y recurre a la física cuántica, donde «las partículas elementales no se dejan concebir fácilmente en términos de unidades distintas, separables y localizables». Este tipo de argumento he de reconocer que me resulta extraño y paradójico, ya que —aunque se basa en una serie de fenómenos físicos bien conocidos— sitúa al lector, en última instancia, ante un acto de fe, en este caso el acto de fe en los experimentos realizados por los físicos cuánticos en sus laboratorios. Creo que el relativismo que se defiende en el conjunto de la obra, como un «dispositivo antidogmático y antiautoritario» no requiere de la autoridad de resultados experimentales no replicables por los profanos. Si, como en el conjunto de la obra se argumenta, los conceptos de verdad y realidad son tan importantes en la vida como para dejar su gestión a filósofos y científicos, no encaja bien, a mi entender, que se recurra a la física de partículas y se nos pida que le prestemos nuestra aquiescencia.

Intimamente vinculado a su defensa del relativismo Tomás Ibáñez defiende sus ideas en torno a los controvertidos temas de la posmodernidad y el constructivismo. Su postura es persistentemente antiautoritaria y se nutre creativamente de la obra de Foucault y de Rorty, pero no es complaciente con ningún tipo de discurso. «La modernidad —dice— instauró nuevas formas de dominación y la postmodernidad, también va a instaurar nuevas formas de dominación. Por lo tanto no celebro, en absoluto la entrada en la postmodernidad, lo que sí celebro es la crítica que se está realizando a la modernidad». Consciente de la producción de nuevas formas de dominación propiciadas por el discurso postmoderno, considera, sin embargo, que «hay que entrar en el discurso de la postmodernidad si queremos entender el presente». La dimensión política de ese presente lo aborda en tres de sus facetas: la globalización, la muerte de «la política» y el nacionalismo. Frente a una visión simplista de la globalización como el nuevo «problema» de nuestra sociedad, considera que lo sustantivo no es la globalización sino la dominación, «no debería interesarnos tanto cuál es el “otro” fantasmado de la globalización (el “otro” real ya lo conocemos, es la sociedad industrial) sino cuál es el “otro” de la dominación». En esta sociedad, y retomando la distinción de Castoriadis entre «lo político» y «la política», considera que en un momento de desintegración de las formas tradicionales de «la política», de una disolución de «la política» en «lo político», hay que incidir deliberadamente en la producción de significados políticos. Sobre el nacionalismo, cuestiona un

comunitarismo fundacionalista y critica la fetichización de la nación como algo permanente.

En el libro se dedica, finalmente, una sección a la psicología y la psicología social. En ella retoma las cuestiones que en los años 70 se caracterizaron como una crisis de la psicología social, abordándolas desde el punto de vista construccionista. Aborda los pros y contras de las posiciones construccionistas y pone de manifiesto la máquina de ponderar que supone la psicología tal como ha sido constituida en el mundo académico.

En su conjunto, *Municiones para disidentes* es una obra que plantea más preguntas de las que responde, lo cual es coherente con el plantea-

miento del autor. A mi entender la principal cuestión que atraviesa todo el libro es la relativa a la fundamentación, legitimación o justificación de la acción social y política. Creo que nos encontramos con un buen arsenal de argumentos contra toda pretensión de fundamentación absolutista. Las municiones para disidentes son tales municiones porque son municiones teóricas, y esto no es sino el reconocimiento de que la lucha social y la resistencia a los poderes hegemónicos es hoy, en gran medida, una lucha en el terreno de la teoría.

Eduardo CRESPO SUÁREZ